

LA COMUNIDAD DE LOS APÓSTOLES

“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” Mt 28, 19

INTRODUCCIÓN: DISCÍPULOS Y APÓSTOLES

Jesús comienza su vida pública llamando a personas, y poco a poco formó un grupo o comunidad, y se despidió de los que han sido sus discípulos encomendándoles una misión: “haced discípulos”. Ellos le han acompañado, han escuchado su mensaje, han observado sus gestos y acciones, y han sido testigos del Resucitado. Como discípulos, han recibido una llamada personal a seguirle, y todo lo aprendido han de encarnarlo y manifestarlo en su propia vida. Ahora, la causa y los proyectos del Maestro se vuelven propios, y son enviados a anunciar la Buena Nueva, dar testimonio del Resucitado; su misión es, en definitiva, la de “hacer discípulos” de Jesús.

De este modo van surgiendo las primeras comunidades cristianas, comunidades de seguidores de Jesús, que conocen su mensaje, que sintonizan con su proyecto, que aprenden a vivir como Él. El bautismo, el compromiso de adhesión a Jesús y la enseñanza de su Palabra son vías para aprender a ser sus discípulos. Y Jesús les promete su presencia y ayuda constante por medio del Espíritu Santo *“Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 20)

La Iglesia hoy es ante todo una comunidad de seguidores de Jesús, una comunidad de discípulos, pero también una comunidad con vocación misionera. Jesús nos llama a cada uno para seguirle y para hacer lo que Él hizo. Por tanto, como creyentes, estamos llamados a ser al mismo tiempo discípulos y apóstoles. Discípulo es aquel que ha tenido un encuentro personal con Jesucristo, lo que supone una experiencia de plenitud y alegría que impulsa al discípulo convertirse en apóstol para comunicarlo a todos.

Sin embargo, la Iglesia no es sólo la suma de experiencias personales o individuales de encuentro con Cristo. Es más, estas experiencias sólo son posibles en el contexto de la comunión eclesial, ya que es la comunidad la que posibilita que personas individuales puedan tener ese encuentro con Cristo. Esto es lo que diferencia al Cristianismo de toda forma de religiosidad intimista o individualista. La experiencia del discipulado sólo se entiende desde la experiencia de comunión. Algunas formas de encuentro con Cristo que radican en la comunidad eclesial serían: el don de la fe, la Palabra de Dios, la liturgia y de un modo especial la celebración de la Eucaristía, el sacramento de la reconciliación, la oración personal y comunitaria, la experiencia de la comunidad como fraternidad que busca la justicia, los pobres y los que sufren, etc.

Esta experiencia de comunidad vive, se sustenta, y se fortalece en el Amor a Jesucristo. *“Permaneced en mi amor”* (Jn 15, 9). Permanecer significa

participar (tener comunión), con Cristo. Porque los cristianos no somos una comunidad reunida en torno a una ideología, nos une la adhesión a una persona, Cristo, un Dios vivo que por amor se encarnó y estuvo entre nosotros, para mostrarnos una nueva forma de vivir, que se recoge en los evangelios.

LAS PRIMERAS COMUNIDADES DE APÓSTOLES

El libro de los Hechos de los Apóstoles narra la vida de estas primitivas comunidades tras Pentecostés. *“Todos pensaban y sentían lo mismo, lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio, nada de lo que tenía... ponían a disposición de los apóstoles lo que tenían y se distribuía según lo que necesitaba cada uno...”*. (Hch 4, 32-35) Era el mejor anuncio que podían hacer de Cristo resucitado. Dice el texto sagrado que *“daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor”* (Hch 4, 33). Y el mejor testimonio era su amor. Un amor que nace precisamente de la fe en Cristo resucitado. Hasta los paganos, admirados de la fraternidad que se entablaba entre los seguidores de Jesús, murmuraban *“mirad como se aman”* (*Apologeticum*, Tertuliano).

Estas primitivas comunidades cristianas nacen en lugares y circunstancias diferentes. Fijémonos en tres de los primeros núcleos del cristianismo: Jerusalén, Corinto y Antioquía. La comunidad de Jerusalén fue la primera en constituirse tras las palabras de Pedro el día de Pentecostés. Siguen las costumbres y las tradiciones judías, y piensan, en un primer momento, que la salvación es sólo para los judíos convertidos pues son el pueblo escogido por Dios. La comunidad de Corinto contrastaba con la de Jerusalén por ser abierta y activa. Estos cristianos están centrados en los carismas y en el culto, pero el apóstol Pablo tuvo que poner normas y criterios porque a menudo se daba la competencia entre los miembros de la comunidad. Los cristianos de Antioquía proceden de la cultura griega, son considerados paganos (no estaban circuncidados) por la comunidad de Jerusalén lo que provocó tensiones ya en aquel primer momento. Hubo importantes dificultades pero se mantuvieron comprometidos en la misión de llevar la Buena Noticia de la salvación a todas las gentes.

Dentro de cierta unidad fundamental de identidad, cada comunidad vivía en circunstancias distintas, lo que hizo una acentuación diferente unas de otras en la constitución de la Iglesia. Esta diversidad se observa ya en el Nuevo Testamento, y el "canon" es testimonio de una unidad eclesial que se reconoce como constituida en y desde las diferencias. Por ejemplo, como sabemos, algunas tradiciones, como las Cartas Pastorales, ponen mucho acento en la dimensión jerárquica y ministerial de la Iglesia. Y otras, como la tradición joánica, muestran una concepción más "carismática" de la Iglesia, en que la acción del Espíritu es vista como el gran motor de la vida y de la misión de la comunidad. Pero ambas visiones, son parte de la eclesiología del Nuevo

Testamento. No debería sorprendernos, por tanto, que hoy en día convivan en el interior de la Iglesia comunidades, asociaciones y grupos diferentes. El espacio de la diversidad en una comunión fundamental, o de la comunión en la diversidad, sigue siendo uno de los grandes temas de la Iglesia hoy, a nivel local y universal.

Para R. E. Brown (Las Iglesias que los apóstoles nos dejaron) *“ninguno de los autores bíblicos intentó ofrecer una imagen completa de lo que debería ser la Iglesia. Hay que decir, más bien, que los escritos enviados a las diversas comunidades neotestamentarias tenían acentos bastante diversos. Estas acentuaciones pueden ser distintas y estar, lógicamente, en tensión mutua, pero no son contradictorias. Nadie puede demostrar que alguna de las iglesias estudiadas hubiera roto la koinónia o comunión con las otras. Pedro es una figura-puente en el Nuevo Testamento, y el concepto de pueblo de Dios en la Primera Carta de Pedro supone una comprensión comunitaria del cristianismo”*.

LAS IMÁGENES DE LA IGLESIA

Como hemos visto la Iglesia no puede explicarse con un único concepto, y cada una de las imágenes sólo puede captar alguno de sus aspectos. Estas imágenes o figuras metafóricas están tomadas de la vida pastoril (el redil cuya única puerta es Cristo, Jn 10,1-10), de la agricultura (tierra de labor de Dios 1Cor 3, 9), de la construcción (casa de Dios 1Tim 3, 15), de la familia (madre nuestra Gal 4, 26), etc.

Según el Concilio Vaticano II en la Constitución Lumen Gentium presenta la Iglesia como un Misterio trinitario en el que se manifiesta el plan salvador de Dios. Recordemos la cita que abre este artículo de Mt 28, 19, todos estamos invitados y llamados al bautismo, que significa la introducción en el misterio de la Santísima Trinidad, a través de la Iglesia de los Apóstoles y de sus sucesores.

Así pues, desde una perspectiva salvífica nos aproximamos a la esencia de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu y Pueblo de Dios.

1. CUERPO DE CRISTO

San Pablo utiliza la imagen del cuerpo para hablar de la Iglesia. El Apóstol, con esas palabras, quiere poner de relieve la unidad y, al mismo tiempo, la multiplicidad que es propia de la Iglesia. *“Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los*

unos miembros de los otros" (Rom 12, 4.5). La Iglesia es vista por San Pablo como un único organismo que necesita la cooperación de todos sus miembros en estrecha armonía *"para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros"* (1 Cor 12, 25). *"Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables"* (1 Cor 12, 22).

La analogía del cuerpo pone de relieve sobre todo la superioridad de Cristo y cómo la Iglesia está subordinada a Él. Cristo mismo es *"la cabeza del cuerpo, de la Iglesia"* (Col 1, 18). Como cabeza de la Iglesia, Cristo es el principio y la fuente de cohesión entre todos los miembros del cuerpo. La conclusión de la doctrina paulina es doble: La Iglesia necesita a Cristo, pues proviene de Él, y Cristo necesita a la Iglesia para llevar a cabo su plan de salvación.

2. TEMPLO DEL ESPÍRITU

De nuevo es el apóstol San Pablo quien habla de la Iglesia como Templo del Espíritu Santo, *"Sois edificación de Dios"* (1 Cor 3, 9), y de nuevo refuerza la idea de unidad, todos contruidos sobre Cristo que es el cimiento. El ser *"templo de Dios vivo"* (2Cor 6, 16) implica la santidad de la comunidad cristiana. La Iglesia es Santa porque está llamada y habitada por Dios mismo.

La expresión visible de esa presencia de Dios en la Iglesia son los carismas. *"A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad"* (1 Cor 12,7). Los carismas sirven para edificar la comunidad, para ponerlos al servicio del bien común, y aunque la variedad de dones es necesaria e imprescindible para Iglesia, Pablo pone al frente de todos ellos el Amor. Todos los ministerios están fundados en los carismas, pero no todos los carismas han de ser desarrollados en un ministerio. Los carismas son don gratuito de Dios y por ellos, los fieles contribuyen a renovar y construir la Iglesia.

3. PUEBLO DE DIOS

He dejado para el final la imagen de Pueblo de Dios, porque es la que emplea el Concilio Vaticano II para referirse a la Iglesia. *"El Pueblo de Dios por Él elegido, es uno: Un solo Señor, una fe, un bautismo. Es común la dignidad de los miembros; común la gracia de la filiación; común la llamada a la perfección. Una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad. No hay, por consiguiente, en la Iglesia ninguna desigualdad"* (LG.32) Esto significa, como ya hemos visto en las anteriores imágenes, que todos los creyentes bautizados formamos parte del mismo pueblo, sólo que unos se diferencian de los otros en las funciones que realizan para el bien común de la unidad que llamamos Iglesia.

Para entender el concepto vamos a detenernos en el Antiguo Testamento. Israel es el “pueblo elegido” por Yahvéh con el que establece una Alianza, que primero es individual con Abraham, pero que pasará a ser colectiva en el Sinaí. Los profetas recordarán, en los momentos de infidelidad del pueblo, la Alianza establecida con Yahvéh, que lo ha proclamado como “su pueblo”.

El Nuevo Testamento, se inaugura con una Nueva Alianza con Cristo y con una nueva ley que es el Amor. San Pablo emplea el término “eklesía” para referirse al Pueblo de Dios, pero lo supera en virtud de su relación con Cristo. El Israel de Yahvéh es la Iglesia de Cristo. El Nuevo Testamento subraya el nacimiento de la Iglesia de Cristo, durante su vida y el envío del Espíritu Santo como anticipación del Reino. Así lo anunciado en el Antiguo Testamento se cumple en la persona de Jesús, siendo completado con la entrega de su Espíritu. San Pablo escribe en la segunda Carta a los Corintios: "Nosotros somos santuario de Dios vivo, como dijo Dios: "Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (6,16)

Y el pueblo elegido se abre a la universalidad, es decir, a la catolicidad, forman parte de él todos los creyentes en Cristo, sean o no judíos, pues lo que les une no es la sangre, sino una misma fe y un mismo bautismo. San Pedro lo afirma claramente en los Hechos de los Apóstoles al referir que "Dios ya al principio intervino para procurarse entre los gentiles un pueblo para su Nombre" (Hech 15, 14).

El Concilio Vaticano II describe la novedad de "este pueblo mesiánico" que "tiene por cabeza a Cristo", que fue entregado por nuestros pecado y resucitó para nuestra salvación" (Rom 4, 25). La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros. El Concilio añade que *"el pueblo mesiánico (...) aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (Cfr. Mt 5,13.16)"* (Lumen Gentium, 9).

Podemos concluir que la expresión “pueblo de Dios” resalta las siguientes características o dimensiones de la Iglesia:

- **La dimensión histórica:** La Iglesia es un sujeto histórico que *“se inserta en la historia de los hombres”* y *“avanza en medio de las pruebas y dificultades” de la historia (LG 9)*. La salvación no se produce fuera de la historia o del hombre, sino en la propia historia y en la vida de cada hombre.
- **La dimensión comunitaria:** El cristiano se hace dentro del pueblo: nadie puede decir “yo creo” sino en el seno del “nosotros creemos”; y nadie puede decir “yo soy la Iglesia” más que integrándose en el

“nosotros somos la Iglesia”. Y esta comunidad es reflejo de la misma comunión divina: la Iglesia es el pueblo unido “en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, según la expresión de San Cipriano que repite el Vaticano II (LG 4).

- **La dimensión ministerial:** La igualdad básica de todos los miembros de la Iglesia gracias a la fe en Jesús, es más importante y previa a toda diversificación. Todos tenemos la misma dignidad y participamos de la misma misión profética, sacerdotal y real de Cristo. Las diferencias sólo pueden acontecer en el interior del pueblo y como un servicio a su misión.
- **La dimensión salvífica:** Dios nos hace suyos, nos incorpora a su propia vida de forma absolutamente gratuita en el bautismo: *“Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos”* (LG 40). Pero esta santidad regalada desde el principio debe ir creciendo y consolidándose hasta llegar a su perfección. El Pueblo de Dios vive esta tensión de crecimiento, movido por la esperanza de llegar a su plenitud.
- **La dimensión cultural:** En la Primera Carta de San Pedro se nos dice que los fieles cristianos son *“un pueblo sacerdotal”* y que constituyen *“una asamblea santa”* (2, 9). La Iglesia instauro un nuevo culto a partir de Cristo, cuyo centro es la Eucaristía.

CONCLUSIÓN: RETOS DE LA IGLESIA HOY

La Iglesia como sociedad visible y estructurada al servicio del Evangelio nace con la comunidad de los apóstoles. En Pentecostés reciben el don del Espíritu Santo. El Espíritu es el que guía la obra de la evangelización, es quien da la fuerza necesaria para dar testimonio de Jesús en medio de persecuciones y luchas, es quien vivifica y conduce a la Iglesia. La Iglesia con sus palabras y obras debe dar testimonio de Jesús, en especial de su Resurrección. Esto hace que no pueda vivir cerrada en sí misma, todo debe contemplarse a la luz de la misión que se le ha confiado.

El Concilio Vaticano II, que fue en palabras de Juan XXIII un nuevo Pentecostés para la Iglesia, y a la luz de todo lo expuesto anteriormente podemos plantear algunos retos o intuiciones para la Iglesia actual, que siempre camina fiel a Cristo, aun en medio de sus debilidades:

1. Hacer que la Iglesia sea de verdad “sacramento universal de salvación”, signo y luz para el mundo. Una Iglesia al servicio del Reino de Dios y no fin en sí misma.

2. Vivir como verdadero “Pueblo de Dios” en donde pasan a segundo término la diferencia de carismas y ministerios para experimentarnos todos esencialmente iguales en dignidad: todos hijos de Dios y partícipes del triple oficio divino de Jesucristo: todos somos profetas, sacerdotes y reyes.
3. Construir la comunión en el Amor. La Iglesia, comunidad de comunidades, capaz de hacer propios los gozos, esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar.

Todo ello es posible si la comunidad “escucha la Palabra de Dios” y “discierne los signos de los tiempos”. Aprendamos de la experiencia del profeta Elías para percibir la presencia de Dios en medio del desconcierto: *“El Señor dijo a Elías: sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar”* (1Re 19, 11)” Que Dios pasa siempre es una certeza de nuestra historia de salvación. Aun cuando nos hallemos en medio del desconcierto, Dios nos habla. Se trata de mirar con espíritu crítico nuestra realidad y escuchar a Dios que habla en la brisa.